

YURI ANDRUJOVICH

PEQUEÑA
ENCICLOPEDIA
DE LUGARES ÍNTIMOS

BREVIARIO PERSONAL
DE GEOPOÉTICA
Y COSMOPOLÍTICA

TRADUCCIÓN DEL UCRANIANO
DE OKSANA GOLLYAK
Y FREDERIC GUERRERO-SOLÉ

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *ЛЕКСИКОН ІНТИМНИХ МІСТ*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011, 2016 by Jury Andruchowytch
Todos los derechos reservados y controlados por Insel Verlag Berlin
© de la editorial original, 2011 by Meridian Czernowitz, Chernivtsi
© de la traducción, 2023 by Oksana Gollyak Zaytseva
y Frederic Guerrero-Solé
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Día de invierno, justo antes
del mediodía* (1922), de Paul Klee

ISBN: 978-84-19036-34-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 1930-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota a la edición</i>	7
<i>Prólogo a modo de manual</i>	11
<i>Anexo: Ciudades que no están</i>	22
Aarau, 2006	23
Amberes, 2006	25
Bayreuth, 1994	28
Berlín, 1993-2009	30
Bucarest, 2003	55
Centralia, 2001	59
Chernivtsí, 1983 y más tarde	62
Detroit, 2000	71
Drohóbych, 2007	79
Essen, 2005	89
Estrasburgo, 2004	93
Fráncfort del Óder, 2014	97
Graz, 2003, 2006	99
Guadalajara, 2008	106
Haisyn, 1984	121
Iziaslav, 1984	125
Járkov, 1995, 1997	129
Jüterbog, 2003	132
Kiev, 1972-2017	138
Leningrado, 1981	175
Lviv, siempre	182
Minsk, 2000	217
Moscú, 1989-1991	219
Múnich, 1992	244
Nimega, 2004	256

Novi Sad, 2002, 2014	263
Nueva York, 1998	267
Odesa, 1994	295
Praga, 1968, 1970	298
Quedlinburg, 2009	321
Riga, 1981	324
Toronto, 1998	328
Uzhgorod, 1965 (?)	346
Varsovia, 1989 y más tarde	348
Venecia, 1992, 2001	362
X, 1970-1986	380
Yalta, 1966	395
Zoloty Potik, 2007	397
Zug, 2006	403

NOTA A LA EDICIÓN

El presente volumen es una selección de 39 piezas escogidas por el autor de los 111 retratos de ciudades que incluía la obra original, *Leksykon intymnych miast*, publicada por la editorial Meridian Czernowitz de Kiev. El autor ha actualizado algunos textos y los ha revisado con los traductores.

El autor quedó tan desconcertado en las transiciones entre lo real y lo imaginario que por si acaso declara que todos los personajes, historias, situaciones y también ciudades de este libro son fruto de su propia imaginación.

А - Б - В - Г - Г - Д - Е - Ё - Ж - З - И
І - Ї - Й - К - Л - М - Н - О - П - Р
С - Т - У - Ф - Х - Ц - Ч - Ш
Щ - Ъ - Ю - Я

PRÓLOGO A MODO DE MANUAL

Lo que veis en la página anterior es el alfabeto ucraniano. Tiene treinta y tres letras. En primer lugar, me gustaría resaltar que existe cierta desigualdad entre ellas. Algunas son, por así decirlo, populares, otras son de uso corriente y también las hay que han sido sencillamente marginadas. Esta desigualdad se advierte sobre todo cuando nos fijamos en la primera letra de cada palabra. En este sentido, la más marginada es la Б, la trigésima primera letra del alfabeto.

Además, el alfabeto ucraniano tiene dos letras únicas que no se encuentran en ningún otro alfabeto cirílico, como son la Є y la І, la hoz y la velita según el poeta Iván Málkovich. Nos son útiles para transcribir algunos topónimos extranjeros a nuestra manera, como por ejemplo Єрусалим (Jerusalén), y una oportunidad así es vital para un libro como éste.

Ahora me repetiré, y volveré a citar algunas de las anotaciones que escribí unos meses atrás para la presentación del libro de otro autor.¹ Soy consciente de que la autocita no es un gran mérito, pero no he encontrado hasta el momento una mejor opinión sobre este tema. Decía lo siguiente:

De entre todos los sistemas de coordenadas posibles, el alfabeto es el más valioso para un escritor. Una persona que, por su naturaleza, conoce primero el mundo a través de palabras compuestas

¹ Czesław Miłosz, *Abetka*, Járkiv, Treant, 2010. [Existe traducción en español: *Abecedario: diccionario de una vida*, trad. Katarzyna Olszewska Sonnenberg y Sergio Trigán, Madrid, Turner, 2003. (N. del E.)].

por letras, encuentra su apoyo más seguro, y tal vez el único, en el alfabeto. La disposición única de los signos les concede valor de símbolos. El alfabeto es una realidad íntegra y absolutamente completa, fiel e inmutable. A partir de él, el baile puede comenzar. Todo lo que es texto de nuestras vidas tiene su origen en los abecedarios, las prolongaciones infantiles del alfabeto. En el mejor de los casos, no sólo tienen su origen en él, sino también su final.

El alfabeto es rotundo. Recuerdo que una vez, en la escuela, la profesora de Física nos hizo notar la naturaleza rotunda del tiempo: «El tiempo no se somete a nadie». Algo parecido se puede decir del alfabeto. Es una realidad que no admite contradicciones. Establece la secuencia y, por lo tanto, la armonía, el orden interior (y también el exterior) del mundo de la escritura. Esta propiedad del alfabeto contribuye básicamente a la producción de enciclopedias y diccionarios.

¿Por qué precisamente de estos últimos?

En primer lugar, porque pretenden ser universales o, como mínimo, completos. El alfabeto es una carcasa indestructible, y el logro de su completitud absoluta da testimonio de su integridad.

En segundo lugar, porque tanto (la mayoría de) las enciclopedias como los diccionarios son intentos de sistematizar la realidad o, al menos, una de sus parcelas. El alfabeto es una base elemental y sistemática de signos.¹

Y, en tercer lugar, porque acumulan conocimientos expresados en forma de texto y formulados, básicamente, con juicios que se componen, básicamente, de conceptos que se expresan, básicamente, con palabras que se escriben, básicamente, con letras. Así pues, la letra es la unidad bási-

¹ Por cierto, la palabra *elementarz* en polaco designa el ‘abecé’ o ‘abecedario’.

ca (la partícula fundamental, el «átomo») de los símbolos del conocimiento.

Este libro debería haber sido una enciclopedia. Evidentemente, una enciclopedia íntima, de autor, escrita por una sola persona. Es decir, en términos generales, es una «enciclopedia». Las enciclopedias persiguen lo fundamental. Cualquier intento de describir el mundo a través de la interpretación de conceptos es maximalista y raya en la desesperanza. A veces, incluso en lo absurdo, como es el caso de la primera enciclopedia polaca de Benedykt Chmielowski (1745-1746) con el elocuente título de *Nueva Atenas*, y en la que bajo el lema CABALLO se daba la definición más brillante y, a su manera, más completa de la palabra: «El CABALLO es tal cual, como todos lo ven».

Al autor de *Nueva Atenas* le pareció más que suficiente. Al fin y al cabo, tenía toda la razón del mundo, puesto que su enciclopedia fue la primera o, al menos, la primera en la ecúmene polaca. Sus descripciones e interpretaciones pasarán a la posteridad.

Sin embargo, la tarea de las enciclopedias no es sólo describir e interpretar, sino también actualizar lo descrito e interpretado anteriormente. Después de todo, es obvio que, pretendiendo ser universales, se vuelven obsoletas en el momento de su publicación.

Hasta ahora, he acometido dos intentos de enciclopedia.

El primero fue el proyecto personal *Glosario* para la revista de ensayo y reflexión *Tchetver*. El título *Glosario*, por cierto, no figura en ningún sitio, creo que empezamos a llamarlo así después de su publicación. El proyecto surgió básicamente a finales de 1991, en un ambiente de cambio histórico dramático, o más bien de intensos presentimientos de cambio, por lo cual, en mi novela autobiográfica *Mis-*

terio, califico este proyecto como «una de las enciclopedias del final». *Glosario* lo formábamos Izdryk y yo, fuimos nosotros los que redactamos la mayor parte de las glosas. Además, invitamos a otros autores: aquéllos eran días del surgimiento de un grupo que, posteriormente, adoptó el nombre de «el fenómeno de Stanislav». Para empezar, creamos, como hacen todos los enciclopedistas, una lista de conceptos-palabras que queríamos definir en vísperas del final. Entre ellas predominaban las que nadie tenía previsto definir y que, como el caballo de Chmielowski, todos consideraban evidentes: Agua, Ciudad, Árbol, Diablo, Dios, Mujer, Pájaro, Ucrania o Vino. Luego saldría a la luz la ironía involuntaria del título *Glosario*, si entendemos este último como un «diccionario que define palabras arcaicas o poco conocidas».

Luego nos repartimos la lista de palabras arcaicas o poco conocidas y, pasado un tiempo, cada uno de nosotros trajo un número mayor o menor de textos. Nos convertimos en el Colectivo de Autores y nos repartíamos el mundo entre los siete.

El segundo intento fue un proyecto de mediados de los noventa (publicado por primera vez en 1998), titulado *El regreso de los demiurgos o Pequeña enciclopedia de literatura ucraniana contemporánea*, PELUC. Como su nombre indica, y a diferencia del *Glosario*, ésta puede considerarse como una enciclopedia especializada. Su especialidad era la LUC, descrita de manera sumamente subjetiva y, a veces, incluso provocativa, a causa de los nombres de las personas creativas, títulos de revistas y editoriales, grupos y entornos, y también a través de tendencias, modas y, dicho de manera banal, a través de corrientes, escuelas y cursos, y de manera no tan trivial y en boga por entonces, discursos, o sea, a través de los niveles reales y ficticios de coexistencia de todo lo susodicho.

Volodymyr Yeshkilev desempeñó un papel determinante en el proyecto PELUC; los «demiurgos» del título son obra suya, así como el retorno de éstos es completamente nietzscheano. Yo me comporté más bien como un espectador holgazán, responsable del «Anexo antológico», en el que reuní los ejemplos más populares o, al menos, los más significativos de la obra de cincuenta y dos escritores de aquella época (y, gracias a Dios, la mayoría también de ésta). El principal resultado de la aparición de PELUC fue el hecho de que mucha gente se sintió ofendida por mi culpa (en cuanto a Yeshkilev, casi todo el mundo se había sentido ofendido por él anteriormente, es decir, a priori).

Desde entonces me prometí que nunca más volvería a complicarme la vida con una enciclopedia.

Aunque a mí, como a un tal Pavych o al viejo Pamva Berynda, mi léxico siempre me había importado un bledo.

A juzgar por las interpretaciones de una gran mayoría de fuentes, el léxico es básicamente lo mismo que el diccionario. Así lo confirma todo el mundo, excepto los alemanes, que dicen que es un «diccionario en sentido amplio», «una guía (*Nachschlagewerk*) o manual especializado».

En general, el susodicho PELUC era algo así.

Y figurémonos que este libro también es algo así.

En este caso, su especialización es tremendamente especial.

¿Una autobiografía superpuesta a una geografía? ¿Cómo podríamos llamarla? ¿Autogeografía? ¿Autogeobiografía? Suena demasiado enrevesado, como si estuviéramos hablando de una Batracomiomaquia hexamétrica indigesta. Y, además, ¿qué es lo principal en esta unión de lo «bio» con lo «geo»? En realidad, ¿qué se superpone a qué?

Este libro es un intento de experimentarlos (lo «geo» y

lo «bio») como un todo único e indivisible. Es decir, mezclarlos de tal modo que no se distinga la frontera, dónde termina uno y dónde comienza el otro.

Para ello, hay que trocear la biografía en mil pedazos y desfigurar profusamente la geografía, o al menos alguno de sus lugares capitales. ¿He dicho «lugares capitales»? Es correcto. Porque este libro trata sobre ciudades que se han convertido en algo más que ciudades, se han convertido en lugares capitales, en zonas erógenas e íntimas. Son lugares que los mapas señalan como ciudades.

Porque, en realidad, todo empieza con los mapas. Desde que tengo memoria, siempre he tenido esta inclinación maníaca¹ de examinarlos. Los mapas se convirtieron para mí en lo que en tiempos más románticos solía llamarse «fuente de inspiración». Lo más fascinante era imaginarme un punto invisible que se movía sobre su superficie de colores: ahora te deslizas sobre ella, atravesando cordilleras o dejándote llevar por una corriente de hilos azules río abajo. Al discurrir por las superficies de los mapas lo llamamos viaje. Y cada viaje es una aventura fantástica.

Aunque no puedo ocultar el hecho de que me he pasado más tiempo sobre los mapas políticos que sobre cualquier otro. Alguien podría llegar a la conclusión de que ya entonces fui herido por la geopolítica. Si su flecha era en verdad letal, siempre llevo el antídoto conmigo, la geopoética.

Por cierto, ¿de qué color es Ucrania en los mapas políticos actuales? Recuerdo desde los tiempos soviéticos que la URSS era de color rosa intenso, Polonia de una especie de verde lechuga. China, se entiende, amarillo, igual que su aliada Rumanía, aunque esta última por el maíz y la mămăligă. La vieja y verde Inglaterra era de color verde, la RDA era marrón claro y la RFA marrón oscuro (¡y luego dirán

¹ ¿Conocéis algún adjetivo más suave derivado de la palabra *manía*?

que la geografía no tiene nada que ver con la propaganda!). Por cierto, Estados Unidos era del mismo color que la RFA. Quizá el color marrón oscuro se considere uno de los colores más feos.

Lo recuerdo con tanto detalle porque me pasaba horas hipnotizado examinándolo.

Respecto a la cuestión que se acaba de plantear referente al color de Ucrania, remito al *Atlas mundial* de la empresa estatal de investigación y producción científica Kartografía del no tan lejano año 2004. En él, Ucrania es de color verde claro, lo mismo que Suecia, China, Canadá y Arabia Saudí. No veo ninguna relación entre ellos. Menos mal que nuestro color es diferente del de Rusia. Rusia ha heredado (posiblemente junto con los activos extranjeros) el color rosa de la URSS.

Sí, los mapas lo son todo para mí. Aunque, por otro lado: «A pesar de todo el amor que les profeso, no he aprendido a utilizarlos de manera funcional; eran y siguen siendo para mí una mezcla de fantasía, un híbrido de literatura y pintura, de nombres y visiones, pero en ningún caso un medio para encontrar el camino correcto».¹

Este libro es también una mezcla, un híbrido. No se os ocurra utilizarlo para encontrar ningún camino correctamente. Más bien os ayudará a perderos, a dar rodeos y a divertirnos mientras os desorientáis entre sus paisajes.

Aunque la culpa no será mía ni de mis absurdas obsesiones, sino de los dictados del alfabeto.

El alfabeto español es distinto del ucraniano. Esta diferencia fundamental entre los alfabetos cirílico y romano prácticamente nos ha arrojado a dos civilizaciones distintas. Lla-

¹ Cita de mi ensayo *Altas. Meditaciones* (2005).

mo la atención sobre esta realidad alfabética únicamente con el propósito de que los lectores españoles de esta obra comprendan que no se trata sólo de una traducción, sino de otro libro. En ocasiones, las piezas que lo componen se encuentran desplazadas, y el orden originario alterado. O más bien se ha reordenado de nuevo. Es como si se cambiara el orden de los capítulos de una novela: ¿seguiría siendo la misma o sería completamente nueva? Existen varias respuestas pertinentes a la pregunta, que pueden variar en función del autor y de los lectores.

Creo que es hora ya de presentar los capítulos-ciudades (¿ciudad-capítulos?) de este libro en el orden en el que irán apareciendo. Y el orden es:

Aarau – Amberes – Bayreuth – Berlín – Bucarest – Centralia – Chernivtsí – Detroit – Drohóbych – Essen – Estrasburgo – Fráncfort del Óder – Graz – Guadalajara – Haisyn – Iziaslav – Járkov – Jüterbog – Kiev – Leningrado – Lviv – Minsk – Moscú – Múnich – Nímega – Novi Sad – Nueva York – Odesa – Praga – Quedlinburg – Riga – Toronto – Uzhgorod – Varsovia – Venecia – X – Yalta – Zoloty Potik – Zug

Como habéis podido comprobar, en total son 39 ciudades. Si me preguntáis por qué precisamente esta cifra, os responderé que 38 hubieran sido muy pocas, y 40 demasiadas. Creo que tres, símbolo de la sabiduría y la armonía, y tres por tres, nueve, símbolo de la completitud, forman el número ideal, el de los escalones y los latigazos a Jesús.

Como podéis ver, el alfabeto ha mezclado espacios y, en ocasiones, se ha burlado abiertamente de las fronteras. A su voluntad y capricho, Aarau linda con Amberes, Graz

con Guadalajara, Nimega se ha abierto paso entre Múnich y Novi Sad, Detroit se ha unido a Drohóbych, Riga a Toronto, Uzhgorod a Varsovia y Nueva York a Odesa.

Al mismo tiempo, el alfabeto ha confundido los tiempos. Podemos encontrar una gran variedad de ejemplos, pero os mostraré el más ilustrativo de ellos: por culpa del alfabeto, el primer capítulo, de 2006, abre este libro, mientras que el de 1966 casi lo cierra, como si fueran cuarenta años vividos al revés. Sin embargo, es sólo «como si fueran», ya que en realidad se trata de cuarenta años vividos como un mosaico. Quizá esto explique por qué para los antiguos judíos *cuarenta* significaba ‘muchos’.

Cuando leáis este libro, os daréis cuenta enseguida de lo desiguales que son sus capítulos (o ciudades). Esta desigualdad la manifiesta, en primer lugar, la extensión: cuanto más importante es para mí una ciudad, más cosas quiero explicar de ella. Evidentemente, no siempre es así en todas partes; notaréis enseguida dónde no lo es. Aunque, en general, eso es cierto, no os voy a engañar. Por otro lado, un número claramente desproporcionado de ciudades ilustres (Nueva York, Kiev, Moscú, Múnich, Lviv, Praga), prácticamente todas, excepto Berlín y Venecia, se sitúan más bien en el centro del libro. Como si la segunda y última parte de esta novela encubierta fueran una especie de añadido opcional. De ahí mi recomendación: si pensamos que este libro es una novela, sería más bien una novela rompecabezas, un modelo para armar. Es decir, una novela que puede leerse de maneras diferentes, construyendo con sus trozos el modelo que uno desee.

¿Y si nos olvidamos total o parcialmente del alfabeto? ¿Qué otras variantes pueden existir de leer este libro? Me temo que no soy capaz de enumerarlas. Quizá alguno de voso-

tros pueda ayudarme. Yo, mientras tanto, enumeraré sólo las que se me han ocurrido.

Por ejemplo, ordenarlo por años. ¿Qué pasaría si dejásemos de fracturar el tiempo y alineásemos todos los capítulos siguiendo una secuencia estrictamente cronológica? En este caso, Uzhgorod (1965) estaría al principio de todo, mientras que Quedlinburg (2009) estaría al final. Pero ¿dónde colocaríamos entonces a Lviv, que es donde estoy «siempre»? ¿Antes del principio y después del final?

No, por años no, mejor por ríos. Porque éste es un lexicón de ríos encubierto. Sin embargo, en este caso el Aar lo encabezaría, mientras que el Uzh aparecería en las páginas finales. El Poltva, el Ltava y el Vltava, el Odra y el Óder, el Donau y el Danubio podrían, claro está, reordenar significativamente los acentos, redirigir los flujos y hacer que este libro fuera algo diferente, algo idéntico y distinto a la vez.

¿Y qué pasaría si lo ordenásemos por países? Primero irían las ciudades ucranianas; luego, las polacas, las alemanas, y así irían desfilando de este a oeste. Habría sido necesario comenzar un libro así, por ejemplo, por Tokio, donde no he estado nunca. El lugar más al este donde he estado es Moscú. ¡Ése sería el comienzo!

Y también sería posible por terremotos, por estaciones del año, por paisajes montañosos o planicies.

Las ciudades en las que he soñado.

Las ciudades en las que no he soñado nada.

Las ciudades con las que he soñado.

Las ciudades en las que no he dormido.

Las ciudades que no duermen.

Las ciudades que no dejan dormir.

He aquí mi último consejo: leed este libro de la manera que queráis, en un orden absolutamente aleatorio, abridlo en una página cualquiera, al azar, ¿qué importa?, empezad

PRÓLOGO A MODO DE MANUAL

por el final, o por el principio, o por en medio. Lo importante es la libertad y, a decir verdad, todo lo que encontraréis escrito en estas páginas está dedicado a ella.

11 de enero de 2011